

Una mujer que frecuentemente piensa como un hombre, ha escrito este profundo pensamiento: "Resignarse es colocar á Dios entre la desgracia y el que la experimenta." Si la desgracia al trabajar sobre un alma, no encuentra á Dios entre su víctima y los golpes que la inflige, esos golpes, que nada amortigua, pueden acabar por desmoralizar á la víctima y conducirla hasta la blasfemia de la desesperacion. Doble miseria que encierra al par una desolacion y un error. Ocupémosnos sucesivamente en la una y en el otro.

CAPITULO VI.

DE LA INCREDELIDAD QUE PROVIENE

DE LA DESESPERACION.

La incredulidad puede hallarse en el alma en estado de raciocinio y en estado de sentimiento. Bajo la primera forma constituye una negacion especial de la Providencia, y debe ser combatida como una preocupacion: bajo la segunda es una pasion violenta, que más bien ha menester de consuelos que de argumentos. Mas sea resultado de raciocinio ó de sentimiento, es un estado de enfermedad para el alma, que puede acabar por ocultarle el cielo. Toda sacudida violenta turba nuestra vista; impide ver la luz del sol, y la que al presente nos ocupa más áun que las otras.

I.

La desesperacion como dolor, como amargura, hállase curada á medias cuando es capaz de esta reflexion: Lo que experimento, constiye un estado excepcional; esperemos, que los excesos de fiebre no duran siempre. En los sufrimientos,

morales como en todo mal físico, existe un período agudo durante el cual es más fácil dirigir al cielo suspiros que oraciones. Pasado este viene la reacción; aparecen las lágrimas y con ellas la imagen de Dios. Toda herida que sangra pierde su irritación.

En tanto el dolor permanece en estado de paroxismo, tiene poco de edificante! ¡Ay de las almas que tienen el triste privilegio de fijarse en esta situación desolada! En cambio, cuando pasada la crisis, sobreviene el período de remisión, casi siempre el alma se encuentra mejor que antes: como la tierra, para ser fecunda ha menester que se la despedace.

Hé ahí pues la razón de que el dolor produce a impíos ó santos, según que los desgraciados se fijan en el primero ó en el segundo de los estados que acabo de describir.

En el primero la obscuridad es casi completa por punto general. Dios no brilla en manera alguna por medio de los acontecimientos que más bien parecen acusar la justicia y la bondad de su Providencia; no se manifiesta en manera alguna al espíritu, las sorpresas causadas á la razón por el infortunio, solo suscitan problemas y por último no se hace sensible al corazón, porque un corazón desgarrado no viendo á Dios

como no sea al través de sus padecimientos, no se halla en buena situación para reconocerlo. De lo dicho resulta un cúmulo inmenso de juicios erróneos que no son más que una alucinación del dolor. En tal estado los unos no pueden creer en la paternidad de Dios, porque su familia experimenta los rigores del hambre; otros dudan de su existencia viendo su crédito arruinado ó abortadas sus ambiciones; otros, en fin, no le perdonan la muerte de un sér tiernamente querido. Respetables, pero locas aberraciones del sufrimiento. Los hombres niegan á veces á Dios el poder de obrar milagros, y le ultrajan si no realiza uno que les libre de verse desgraciados.

Este período de los pesares es indudablemente malo para el alma, cuando la fuerza del temperamento moral no logra triunfar. En tales instantes el mismo Job llega á maldecir el día en que vino al mundo, y tiene valor para pedirle cuenta á Dios de los impenetrables y tristes misterios de nuestro destino. Ni el mismo Jesucristo, con ser Dios, ha podido escapar á la terrible conmoción que nos comunica el choque producido por el dolor. No pudiendo abrigar la menor duda, quiso experimentar el descorazonamiento, y para que nos sirviera de enseñanza, ha dejado impresa en el Evangelio la huella de

semejante debilidad por medio de las siguientes memorables lamentaciones: *¡Qué pase de mí este cáliz!—Dios mío, Dios, ¿por qué me habeis abandonado?*

Ahora bien, si Dios mismo ha tenido necesidad de corregir la naturaleza, para someterla á la voluntad del Padre celestial, ¿debemos sorprendernos de que el hombre se sienta inclinado al escepticismo al hallarse presa del dolor en su jardín de Gethsemani? Sería desconocer las condiciones de la virtud condenar á Dios por este hecho, y sobre todo, sería desconocerlo completamente no permitirle que se lamentara, por temor de que sus quejas pudieran convertirse en murmuraciones.

Quejaos, quejaos sí, vosotros los que jemís bajo la carga terrible de la vida, quejaos, mas no os rebeléis. En esto estriba precisamente la conciliación sublime de los derechos de Dios, con los de un corazón ahogado por las lágrimas.

Durante esas terribles horas de dolor sin unccion no acuseis á Dios; estais demasiado agitados para que haya en vuestra mirada la seguridad indispensable: cuando haya desaparecido en parte el íntimo interés que hoy os mueve, seréis en la causa jueces más rectos. ¡Ah! si conseri váis rencor respecto de la Providencia porque

puso en vuestros labios la amarga copa de la aflicción, no teneis porque sorprenderos de que se oculte á vuestras miradas! Si el odio á nuestros semejantes basta á enjendrar la incredulidad, con más motivo puede producirla la prevención contra Dios, tanto más cuanto que tratándose de Dios, el dudar de su corazón constituye el escepticismo más radical, por lo mismo que Dios no puede concebirse sin amor. Repetimos pues que en tal caso debemos protestar contra las blasfemias del pensamiento por medio de una ciega adoracion, y no tomar por noche eterna, lo que no pasa de pasajero eclipse.

Dichoso, sobre todo aquel que en semejante situación sabe colocar por medio de la reflexion á Dios entre el dolor y su corazón herido! Resistimos padecer, y sin embargo nos es de gran provecho haber padecido. El poeta lo ha dicho:

Bajo un cielo siempre azul
No se forma el corazón.

Y mucho tiempo ántes que el poeta habia dicho el Espíritu santo: *¡Qué puede saber el que nunca ha experimentado el dolor (1)? El dolor se*

(1) Ecolie, 84 9.

parece á esas atmósferas privilegiadas que producen prematuros y sazonados frutos. Hombres hay á quienes, para ser grandes, solo ha faltado una desgracia, uno de esos pesares que fecundan el corazón sin desgarrarlo, como las incisiones practicadas en la corteza de ciertos árboles, que hacen brotar el perfume, sin comprometer los manantiales de la savia.

Padeecer en la tierra, es una ventaja para el hombre de talento: las sacudidas que imprime el infortunio á una naturaleza, rompen á veces el velo que limitaba el alcance de su pensamiento. Herido por la mano de Dios, el mortal lanza un grito, grito que unas veces será la sublime elegía de Job y de Jeremías, ó la melancolía de Tasso y de Chateaubriand, y habria tantas lágrimas en sus pensamientos que su desgracia será considerada como la parte más bella de su génio.

Padeecer en la tierra es tambien una ventaja para el hombre moral. De tales pruebas sacamos lo mejor de nuestro saber y de nuestras virtudes, y si es en el Calvario dónde Dios se anonadó, en el calvario de su dolor es donde el hombre se transfigura. El día despues de esas crisis fecundas, se levanta con más inteligencia en el corazón; más profundidad en sus simpatías; más

fuerza para experimentar nuevos reveces, y más madurez para el gobierno de su existencia. Es verdaderamente paternal esta economía que comunica sabor á nuestros sacrificios, mérito en las esperanzas y saber en nuestros dolores.

Y dichoso tambien aquel que gracias á la fé, sabe colocar á Dios entre su dolor y su corazón. Felizmente tenemos un Maestro capaz de tomar parte en nuestras amarguras, no somos nosotros los primeros que padecemos el martirio de la cruz: el sufrimiento soportado con resignacion, establece entre la víctima del Calvario y nosotros la sociedad más bella que pueda existir en honor de la criatura. Cuando no se posee la virtud suficiente para parecerse á Dios por la grandeza moral, es por lo ménos una ventaja poder nos acercar á él merced á un acto de nuestra debilidad, las lágrimas! Si, el que se parece á Dios no es aquél que semeja á Lucifer exclama: Subiré y estableceré mi trono al lado del Altísimo, sino el hombre que presa del dolor no deja escapar la más leve murmuracion desde la cima de su Calvario, con todo y conocer la intensidad de su mal. Compensacion verdaderamente sublime en provecho de los desgraciados, porque si ha podido decirse que el proscribo está solo donde quiera que se encuentra el cristiano.

colmado de margura no lo esta jamás, ya que puede contar constantemente con la compañía de Jesucristo, el amigo de los que no tienen otro, y que estima en todo lo que valen las lágrimas verditas al pié de su cruz.

El mal ladrón es para nosotros una prueba manifiesta de que la cruz no basta para cambiar los pensamientos en todos los hombres; mas en esta compañía casi divina, el hombre se halla ménos inclinado á la blasfemia que á la adoracion y si el primer momento de su pasion se halla marcado por las blasfemias, el segundo concluye casi siempre por la adoracion.

Finalmente: dichoso sobre todo aquel que merced á la esperanza, sabe colocar á Dios entre su dolor y su corazón. La esperanza es la contestacion que da á todas sus dudas: por esto Dios no solo la consiente sino que la prescribe, de manera que la desesperacion constituye un pecado más terrible que la presuncion. Aquellos que realizan su peregrinacion por la tierra, con los ojos bañados en llanto, elevan de cuando en cuando al cielo sus miradas, y no acusan de injusta la divina providencia, por que la esperanza les da más de lo que les han arrebatado la tumba y la adversidad,

Al presente vamos fecundando con nuestras lágrimas el surco que abrimos con nuestro paso; mas en cambio cuando llegue el momento de atar los haces de espigas, podremos regocijarnos con lo pingüe de la cosecha.

Con tales perspectivas no es posible la blasfemia. A más de que, son harto necesarias para que no las juzguemos probables, y harto probables para que nuestro tristísimo presente no se ilumine con los rayos esplendorosos de semejante porvenir.

No nos cansaremos de repetirlo. Guárdese el hombre tratado por la adversidad de Juzgar á Dios y las cosas divinas, al llegar á la primera estacion de su Viá-Crucis, puesto que en tal instante reinan las tinieblas á su alrededor; adelante animoso por el camino del Gólgota y cuando llegue el momento oportuno, ora bajo la figura de la Verónica, ora bajo la del Angel del Jardin de los Olivos, se le ofrecerá el consuelo necesario, y se le revelará el ministerio de los sucesos inexplicables.

II.

A veces la desesperacion no proviene de simple extravio de la sensibilidad, sino que, por el contrario, razona su desolacion, la justifica por medio de argumentos que aduce en su favor, y del paroxismo pasa facilmente al sofisma. Aun cuando, consideraba bajo este aspecto, pertenece ménos á la categoria de las pasiones, que á la de los errores del espíritu, juzgamos indispensable disipar el error á fin de acudir al amparo de la desolacion que encierra.

En semejante estado el alma se obstina contra la esperanza por tres motivos que al par la devoran y la desgarran: 1.^o porque un Dios bondadoso no puede causarnos tales penas; 2.^o

porque Dios, por su grandeza se ocupa en todo caso del mundo, mas no de las personas; 3.^o porque un Dios inmutable no se deja entenececer. En otros términos: Dios no aflige, Dios no vé, Dios no escucha: ¿Cómo consolarse con Dios de las lágrimas á que pertemanece indiferente?

Pero ¿es cierto realmente que un Dios bondadoso no debe afligir jamás á sus criaturas con el dolor, y por consiguiente que los llantos que se oyen en su imperio, son una prueba de que no se ocupa poco ni mucho de los seres que lo pueblan? Sentemos con Tertuliano que Dios es bueno, no solo con esa bondad que compadece y consuela, sino tambien con esta otra bondad de justicia, que subordina todos los bienes al bien moral. Un padre es bueno, precisamente porque ama á sus hijos, les hace llorar con objeto de mejorarlos, y habrian de ser de peor condicion los derechos de Dios respecto del particular. Un príncipe es bueno aun en el momento mismo en que, obedeciendo á un interés superior, dispone de la vida de sus súbditos y estará intercedido á Dios el derecho de hacer mártires en este mundo para coronar elegidos en el otro! Afadamos á lo dicho que la felicidad universal sobre la tierra, no solo haria el cielo completa:

mente inútil, sino que además lo haría imposible ya que no habría quién fuese digno de él, por la razón sencilla de que nadie estaría debidamente preparado por medio del dolor, aroma purísimo que impide que la libertad humana se corrompa. Para cada hombre que se pierde por falta de resignación en su desgracia, hay ciento que se deterioran á consecuencia de la felicidad sin correctivo. No hay pues para que hacer de nuestras lágrimas un cargo á la bondad de Dios, pues que no hay cosa más digna de esta bondad que salvarnos haciéndonos verter lágrimas.

De manera que, siguiendo el pensamiento de Santo Tomás y de S. Agustin, *Ut bene faceret et de malo* (1) el mal es en las manos de Dios un instrumento para el bien. ¡Cuántos son los hombres que se han librado de la caída merced á las pruebas á que se han hallado sometidos; y cuantas las virtudes que se han practicado en la tierra, que de seguro no se habrían ejercitado sin tener á la vista la posibilidad del dolor.

Y téngase en cuenta que no solo moraliza al que lo experimenta, sino tambien al que lo con-

(1) Machiv, cap. 11.

templa. De seguro que no existirían tantas hermanas de la esperanza si fuesen ménos los que desesperan; á ser ménos los desconsolados, sería más reducidos el número de ángeles del consuelo. Imagínese la tierra poblada de seres completamente felices, es decir, sin que los unos necesiten de los otros, y resultará lo que en un mecanismo que no funciona, sus ruedas rozarán, pero sin llegar á engranar los dientes de las mismas: es decir que los hombres formarán una agregación de individualidades; pero en manera alguna una sociedad. Para que la beneficencia prospere es menester que exista la pobreza: esta suscita aquella, como la beneficencia engendra la gratitud.... en una palabra, es indispensable la existencia de una armonía que ponga á los débiles en los brazos de los fuertes, que tenga para cada miseria su grandeza correspondiente y que haga del género humano una especie de conjunto eléctrico y de existencia múltiple, en la cual todos los movimientos resulten comunes.

Nada más cruel que la teoría de la beatitud para todos; porque so pretexto de suprimir unos desgraciados, tiende á producirlos en mayor número. Suprímase la miseria y se hacen imposibles las dulcesimas fruiciones de la caridad; háganse desaparecer los pobres y Vicente de Paul,

arrastrará durante ochenta años consecutivos, el desencanto de un corazón inmenso que no le sirve para nada. En resolución, destrúyase la desgracia y no les queda más recurso que el de refugiarse al fondo de las almas, á todos los heroísmos creados para aliviarla. Muy triste sería el día en que debieran borrarse del diccionario las dulces palabras de bienhechor porque nadie hubiese menester beneficios, y de compasión porque se hubiese extinguido el dolor; en que los héroes de la santidad se vieran reducidos al mezquino nivel del buen ciudadano, y la magnanimidad, enferma de concentración, tuviera que lamentarse á Dios de que habiéndole dado el corazón para el sacrificio, le quitara los medios para sacrificarse.

Por lo demás conviene consignar que en nuestra economía de la solidaridad, nadie resulta sacrificado, puesto que las desigualdades del tiempo se ven corregidas por la justicia de la eternidad.

De suerte que la bondad hace provechosas las lágrimas á nuestras virtudes, y, digámoslo también, siquiera como de pasada, no hay cosa alguna, incluso el mal moral, de la cual no haga

brotar el bien, *considerando preferible utilizar de esta suerte el mal á no consentirlo* (1).

¿Habría brotado la noble intrepidez de los mártires sin la persecucion de los tiranos? ¿Cómo se manifestaría sin el pecado la inagotable clemencia de Dios? Supongamos un mundo inocente ¿de qué manera se realizarían el arrepentimiento de David, la penitencia de Magdalena, el celo de San Pablo, las inagotables lágrimas de San Pedro? La tierra carecería de Calvario, cierto; mas en cambio el cielo no tendría tanto precio: las gracias del perdón concedido y las del perdón reconquistado serían desconocidas completamente; en suma, los sacramentos carecerían de su razón de ser. Resulta pues de todo lo dicho, que la bondad de Dios jamás se manifiesta tan patente como en presencia del mal moral, en primer lugar, porque le cubre, y después, porque siendo, en cierto modo, dicho mal, la abertura por donde llega hasta nosotros y nos inunda el caudaloso río de la misericordia, Dios hace que dicho desorden concurra á la realización del orden más sublime. Solo de este modo puede explicarse el siguiente pensamiento de

Continúa

(1) *Evangelio*, cap. 11.

Santo Tomás. *Si estuviesen prohibidos todos los males, faltarian muchos bienes en el universo* (1).

La desesperacion no puede fundarse pues en que Dios al afligirnos obre impulsado por falta de bondad, pero ¿tiene acaso más fundamento la presuncion de que al obrar de esta suerte da indicios poderosos de que carece de prevision? Hay un deismo popular que consiste en conceder á Dios la honra de la creacion, sin perjuicio de relegarlo despues á una eternidad ociosa y solitaria en la cual olvida su obra. Segun este sistema Dios procede como el pintor y el escultor que se separan de su obra en cuanto le han dado la última mano, ó á la manera del potentado que, no pudiendo disponer ni de fuerzas ni de tiempo para todo, resérvase para los asuntos de empeño y trascendencia, y confia á sus delegados el cuidado de las ménos importantes. Los autores de esta malbadada fantasia, no advierten que procediendo de esta suerte, y convirtiendo, si así puede decirse, al Creador en una especie de inspector sumario de su creacion, que distingue los mundos, pero no los individuos; en primer lugar bajo pretexto de engrandecerle le

(1) *I parte quest. 21 ca. 2.*

empequeñecen, y despues sumen al hombre en la desesperacion, en lugar de fortalecer la base de su creencia, porque cuanto más teme el hombre ser visto por Dios cuando es culpable, tanto más necesita serlo cuando es desgraciado.

No tema sin embargo el desesperado semejante abandono de parte de su Padre. El cuadro ó la estatua para nada han menester la contemplacion del artista, en el punto y hora en que este los ha dado por concluidos; mas el mundo con su complicado mecanismo, con sus innumerables rodajes de los cuales unos obedecen á la necesidad, otros á la libertad; necesita para no desbaratarse, que sobre él se ejerza continúa vigilancia, y hé aquí el motivo de ejercerla Dios incesantemente, con objeto de atender á su conservacion, que viene á ser una creacion continuada por lo mismo que ni el átomo más insignificante escápa á la ubicuidad de su mirar.

Como garantia de este auxilio la fé presenta á la desesperacion la inmensidad divina, que es la omnipresencia de Dios en toda la extension de su obra; el poder divino, que nada fatiga ni nada limita, porque es el brazo de lo infinito; la sabiduria divina, que debe llegar á todos los puntos á que alcanza su brazo, porque es el ojo del infinito; y por último la bondad divina, que de-

be cuidar de todo cuanto produce, porque es el amor infinito. Por esto cuando el poeta exclama.

Que tu produces las flores
que son gala del pensil,
y el vergel, avaro siempre,
no diera frutos sin tí.

A los dones que prodigas
todos pueden acudir,
hasta el insecto es llamado
de la natura al festin.

el poeta habla como el Espíritu Santo que ha dicho: El Señor ha hecho al grande y al pequeño y dispensa idéntico cuidado en la conservación del uno y del otro (1), y habla como San Agustín que la escrito: «Dios ha creado los Angeles del cielo y los gusanillos de tierra, y no se muestra ni más grande en los primeros, ni más pequeño en los segundos (2).» Y despues de lo dicho, permitaseme preguntar: ¿No debe considerarse presa de verdadera alucinacion al que desaspera de ser visto por Dios en sus sufrimientos?

(1) Sap., v. 1 8.
(2) Orig., De Orat., 8

El hijo de una madre tan cristiana como de talento, decíale un día: Me recomendais que tema la mirada de Dios, ¿no comprendéis, madre mía, que Dios tendria mucho que hacer, si al par debiese mirar á todos lados?—Hijo contestó la madre, verdaderamente inspirada, Dios ha hecho un sol que ilumina toda la tierra, ¿por qué la mirada de Dios ha de tener ménos alcance y extension que la luz del sol?— ¡mágen elocuente y argumento decisivo, que pone de manifiesto hasta qué punto se engañan los que temen que no han de tener en el cielo quien les vea cuando lloran, como si la vasta mirada de Dios no bastara á abarcar nuestras vidas todas, y á contar todas nuestras lágrimas!

¿Y no es tambien y finalmente, víctima de una ilusion, la desesperacion, cuando imagina que Dios es inflexible en virtud de ser inmutable? Debemos dejar consignado que en este punto los apóstoles de la religion natural han proporcionado numerosos argumentos al desoconsuelo. «Dios, dice uno de ellos, no modifica sus designios, y por consiguiente nuestras plegarias no bastan á apartarle del órden establecido... Si la súplica es seria, equivale á la peticion formal de un milagro.» Mucho tiempo ántes habia dicho Celso: «Suplicar á Dios vale tanto como inferir.

le una injuria, puesto que lo prevé todo, y es inmutable por naturaleza (1).»

A esta paradoja pueden oponerse dos refutaciones, la una por el procedimiento de lo absurdo, y la otra resultado del sentido comun. Procediendo por la vía del absurdo, puede decirse á un racionalista que esté expirando, y que no quiera que se ruege á Dios para que le devuelva la salud, so pretexto de que teniéndolo todo resuelto de antemano, no ha de modificar cosa alguna. «¿Por qué razon llamais al médico? Si Dios tiene determinado que no habeis de morir, de nada sirven los remedios; y si ha dispuesto que sucumbais, es por demás que se practiquen las prescripciones que aquel haya dictado.» El segundo razonamiento conduce al mismo término. De manera, que en tanto la humanidad presente su asentimiento á la virtud de la medicina, ha de creer en la eficacia de la oracion: lo mismo esta que aquella se han instituido por permission de la divinidad, para cooperar á la ejecucion de los divinos designios, no para modificarlos. Debemos insistir, pues, en que Dios prevé y dispone condicionalmente las cosas, con el con-

preparacion

(1) Sapi. v. 1. 8

curso de nuestra libertad. Si esta interviene con auxilio de sus medios naturales ó sobrenaturales, la voluntad divina llega á su término por el camino natural; pero si no interviene la libertad humana, la voluntad divina realiza sus fines por otra via: en uno y otro caso es al par flexible é inmutable; flexible, en cuanto su designio se ejecuta en favor ó en contra de nosotros, segun cooperemos á la ejecucion; inmutable, puesto que sea como quiera, su designio al cabo se ejecuta.

Ocupémonos ahora detenidamente en la refutacion que resulta del sentido comun. Para ello resumanos en breves palabras la contestacion dada por Origenes á las añejas oposiciones dirigidas contra esta invencible propension de nuestro estado moral, que nos mueve á acudir á Dios.

En tanto no se arranque al alma humana la costumbre y la necesidad de exclamar: ¡Dios mio, Dios mio! la oracion tendrá para ella toda la fuerza y valor de una necesidad de la naturaleza. Cierto que Dios es infalible é inmutable en sus determinaciones; mas tambien es benéfico: no puede dudarse, puesto que yo lo soy, y no hemos de suponer que Dios carezca de una de las dotes que me adornan. Hé ahí, pues, dos axiomas de cuya verdad no me es posible dudar, siquiera no me sea dable demostrar su acuerdo.

Tengo en mis manos los extremos de la cadena, y por consiguiente puedo decir con Bussuet, tengo la evidencia de que existen los eslabones que los enlazan. Esto sentado, si la beneficencia y la inmutabilidad de Dios son indemostrables en sus relaciones, son indiscutibles aisladamente consideradas. Sabemos que las verdades, unas son ciertas porque se las ve, y otras porque no pueden dejar de serlo. Ahora bien; si la eficacia de la oracion no tiene la evidencia de la luz, tiene en cambio la de la necesidad, y por consiguiente la cuestion queda reducida á estos términos concluyentes: O es indispensable que Dios deje de ser, ó es preciso que mis acentos penetren en su corazon.

¡Or lo demás, vosotros que pretendéis que la bondad y la inmutabilidad de Dios se excluyen mutuamente, ¿tenéis de esos dos atributos nociones completamente exactas? Cierto que Dios los ha previsto todo infaliblemente; mas en la complicada trama de su plan, ha dejado sendas en blanco, por los cuales puede pasar ó dejar de pasar nuestra voluntad sin que por esto se violente la suya. Sí, todo lo tiene dispuesto desde la eternidad; pero tambien tiene dispuesto el reservarse la eleccion del camino y del momento. Roguémosle, y llegará al resultado por

el camino de la misericordia; no le roguemos y alcanzará el mismo termino por el camino de la justicia. Realmente nuestra súplica determinará su voluntad; mas no la cambiará, ya que, sea lo que quiera, lo que hagamos su Providencia es lo que ejecuta; sin más diferencia que redundar en nuestro beneficio si extendemos á él nuestra mano, y en perjuicio nuestro si no imploramos su misericordia.

¿Tiene la teoría de la desesperacion algo que sea más claro que la solucion que acabamos de exponer? No, ni la naturaleza ni el buen sentido puede admitir un Dios que, al enagenar todos sus bienes por exceso de prevision, se ha cerrado el camino de poder hacer concesiones. Es absolutamente incomprensible una misericordia infinita que no cuente con fondos de reserva para hacer frente á las miserias eventuales de sus súbditos. Por lo demás, un Dios que nada diese, constituiría una monstruosidad espantosa ya que el hombre que no recibiese limosna, de seguro no la daría, y permanecería insensible á las súplicas, si sabia que las suyas no debian encontrar eco en el cielo. Afortunadamente, puesto el hombre en la alternativa de elegir entre el tierno Padre de los cristianos y la fatalidad antigua, no puede vacilar. Si las lágrimas

nos ocultan por un momento el cielo, con el transcurso del tiempo acaban por purificar nuestra miradas, y ora exista la desesperacion en nuestros corazones, como resultado del racino; ora provenga de exacerbacion de sentimientos, encuentra todas las contestaciones que puede apercibir, en las hermosas palabras impregnadas de ternura: ¡Padre nuestro que estás en los cielos!

turaliza el poder de conducir las cosas á su término, y substituyendo á las de la Providencia sus fuerzas ciegas, presta apoyo poderosísimo á estas debilidades acusadoras. Oportunamente nos ocuparemos con la detencion debida de ese naturalismo que elimina á Dios creador y conservador: mas entretanto no podemos prescindir de contestar á la tentacion del hombre desgraciado que no cree en la proteccion divina, por la sencilla razon de que padece ó de que hay otros que padece menos que él. Para esclarecer y poner de bulto tamaño infortunio, juzgamos indispensable poner de manifiesto la maravillosa economia de la Providencia: 1.º sobre la distribucion de los bienes y de los males en general; 2.º sobre la prosperidad de los malvados en particular.

¿Existe una voluntad inteligente y justa que presida á la reparticion de los bienes y de los males, sea en nuestra primera, sea en nuestra